

y seis reyes, pusieron sus quince mil tiendas delante de las puertas de Valencia. Había en el campo moro una negra que capitaneaba otras doscientas negras, con las cabezas rapadas, á excepción de un mechón de pelo, porque iban cumpliendo una peregrinación; sus armas eran arcos turcos.

A los doce días de sitio, después de haber hecho todo lo que el Cid había ordenado, determinaron los cristianos salir de Valencia. El cadáver embalsamado del Cid iba montado en su fiel *Babieca* (su caballo) sujeto por medio de una máquina de madera, que había fabricado Gil Diaz. Como se mantenía derecho, y el Cid llevaba los ojos abiertos, la barba peinada, escudo y yelmo de pergamino pintado, que parecía de fierro y en la mano su formidable Tizona, semejaba perfectamente estar vivo. Salieron, pues, de la ciudad. Iba Pero Bermudez de vanguardia: escoltaban á D^a Jimena, seiscientos caballeros; detrás iba el cadáver del Cid, con escolta de cien caballeros y el obispo y Gil Diaz á sus lados. Alvar Fañez preparó el ataque. De las doscientas negras, ciento fueron al instante derrotadas, las otras cien hicieron no poco estrago en los cristianos, hasta que habiendo muerto su capitana, huyeron todas. Entonces los cristianos atacaron el grueso del ejército musulmán. Los moros que vieron un caballero más alto que los otros, montado en su caballo blanco, en la izquierda un estandarte blanco como la nieve y en la derecha una espada que parecía de fuego, huyeron desampavoridos: hicieron en ellos horrible matanza y continuaron victoriosos el camino de Castilla. Llegado que hubieron á San Pedro de Cardena, colocaron el cadáver del Campeador á la derecha del altar, en una silla de marfil, con una mano descansando sobre su Tizona. En una ocasión entró un judío en la igle-

sia del monasterio á ver el cadáver del Cid, y como se hallase solo, dijo para sí, "*Hé aquí el cadáver del famoso Ruy Diaz de Vivar, cuya barba nadie fué osado á tocar en vida, ahora voy á tocarla yó, haber que me sucede*" Y alargó el brazo" y en el momento envió Dios un espíritu al Cid, el cual con la mano derecha asió el pomo de su Tizona y le sacó un palmo de la vaina: El judío cayó trastornado y comenzó á dar espantosos gritos. El abad del monasterio, que predicaba en la plaza, oyó los lamentos, suspendió el sermón y acudió con el pueblo á la iglesia. El judío ya no gritaba, parecía difunto: el abad le roció con unas gotas de agua y le volvió la vida. El judío contó el milagro, se convirtió á la fé de Cristo, se bautizó, recibió el nombre de Diego Gil y entró al servicio de Gil Diaz."

El acto de inaudita crueldad, hecho por el Cid en la batalla de Carrion no puede atribuirse á falta de reflexión á efecto de su poca experiencia, sino á un fondo de dureza de sentimientos y de poca caballerosidad, esto lo veremos confirmado en el siguiente pasaje referido por casi todos los historiadores, hablando del sitio puesto á Valencia por el Cid. "En tal extremidad Ben-Gehaf (el jefe sitiado) y las personas acomodadas que aun no querian rendirse, acordaron implorar el auxilio del rey de Zaragoza Almostasiz, el cual no atreviéndose á romper con el Cid, no hacia sino entretener con moratorias y buenas palabras á los de Valencia y enviar alternativamente mensajes á Rodrigo y á Ben-Gehaf. Entre tanto se habian ido consumiendo los víveres que quedaban. Alimentábase ya de cadáveres la gente pobre, llegaba la estenuacion en muchos al punto de caerse muertos andando: ya no tenian fuerzas para precipitarse de las murallas y entregarse á los cristianos, como antes habian

hecho otros. Viendo el *cadí*, (Ben-Gehaf) que no podía aliviar los padecimientos del pueblo, indignado ya contra él, condescendió en entregar el mando al *fakin Al-Mattan*, el cual envió un mensajero á Rodrigo para arreglar un tratado en los siguientes términos: los valencianos pedirían socorro al rey de Zaragoza y al general de los almoravides que se hallaba en Murcia, si estos no les auxiliaban en el término de quince días, Valencia se rendiría al Cid con las siguientes condiciones.

Ben-Abdus, (el almojarife del Cid) sería inspector de impuestos. Muza (que seguía su partido) tendría el mando militar: la guarnición se compondría de cristianos mozarabes: el Cid residiría en Cebolla y no alteraría ni las leyes, ni las contribuciones, ni la moneda de Valencia. La estipulación fué firmada por ámbas partes.

Al día siguiente partieron cinco patriotas (hombres mayores dice la crónica) para Zaragoza y otros tantos para Murcia. Rodrigo había puesto por condición, que cada embajador podría llevar consigo cincuenta dinares solamente. En su virtud, pasó en persona á reconocer á los que iban á embarcarse para Denia y desde allí continuar por tierra para Murcia. Hízolos registrar y se halló con que llevaban gran cantidad de oro y plata, de perlas y piedras preciosas, parte de su propiedad, parte de los comerciantes de Valencia, que querían poner á salvo sus tesoros. El Cid confiscó todo esto, y dejó á los embajadores los cincuenta dinares convenidos.

Trascurrieron los quince días y los embajadores no regresaban. El Campeador intimó á Ben-Gehaf, que si pasaba un momento más del plazo estipulado, se consideraría relevado de observar la capitulación. Sin embargo, aun trascurrió un día sin que le abrieran las puertas y

cuando los negociadores del tratado se presentaron al Cid, éste les hizo entender que no estaba obligado á nada, por que el plazo había pasado. Respondiéronle ellos que se ponían en sus manos y se encomendaban á su generosidad y prudencia. Al siguiente día se presentó Ben-Gehaf al Cid, y ámbos con los principales caudillos cristianos y musulmanes firmaron los artículos de la ya citada capitulación, Ben-Gehaf regresó á la ciudad y al medio día se abrieron las puertas al ejército cristiano. Verificóse la entrada del Cid Ruy Diaz el Campeador el juéves 15 de Junio de 1094.

Subió Rodrigo á la torre mas alta del muro, para contemplar la ciudad de que acababa de enseñorearse. Recibía con mucha afabilidad á los micos que iban á besarle la mano y encargaba á sus guerreros, que los saludaran y aun les hicieran lado cuando pasaban. Agradecidos á tan generoso comportamiento los infieles, pregonaban á voz en grito que no habían visto jamás un hombre mas honrado ni que acaudillara una tropa mas disciplinada. Ben-Gehaf le ofreció una gran parte del dinero que había tomado á los monopolistas del trigo durante el sitio, pero el Cid que sabía de que manera lo había adquirido, rehusó el presente.

Después, por medio de un héraaldo hizo una invitación á todos los patricios del territorio Valenciano para que se reunieran en el jardín de Villanueva, luego que se hubieron congregados subió á un estrado de estera y tápiz, mandó á los magnates que se sentaran enfrente de él, y les habló de esta manera.

«Yo soy un hombre que nunca he poseído ningun reino, pero soy de linaje de reyes, el día que ví esta ciudad me agradó y la envidié, y pedí á Dios que me hiciera dueño

de ella ved cuanto es el poder del Señor; el día que puse cerco á Juballa (Cebolla) no tenia mas que cuatro panes y hora Dios me ha hecho merced de darme á Valencia y me encuentro Señor de la ciudad. Si hago en ella justicia Dios me la dejará, si no hiciere derecho, sé bien que me la volverá á quitar. Así, que recobre cada cual su hacienda y la disfrute como antes, la que se halle sembrada y cultivada pague su trabajo y la simiente al cultivador, y poseala.

Quiero tambien que los colectores de impuestos, en la ciudad no tomen mas que el diezmo: segun nuestra costumbre: he determinado oiros en juicio dos veces cada semana, los lunes y los juéves, mas si teneis algun negocio urgente, venid cuando querais y os oiré, que no soy yo hombre que me encierre con las mujeres para beber y yantar, como vuestros señores á quien no lograis ver, quiero arreglar vuestros negocios por mí mismo, ser como un compañero vuestro; protejeros como un amigo y como un padre: yo seré vuestro alcalde y vuestro alguacil, y siempre que tengais que querellaros unos con otros, os haré justicia.

Luego añadió: «Hánme dicho que Ben-Gehaf ha hecho muchos males á algunos de vosotros, tomando vuestros haberes para hacerme con ellos un presente, yo me he negado á admitirle, que si codiciara yo vuestra hacienda sabria tomarla sin pedirla, ni á él, ni á otro: pero libreme Dios de hacer violencia á nadie, por adquirir lo que no me pertenece.

Haga buen provecho, si Dios lo permite, á los que han traficado con sus bienes, y lo que Ben-Gehaf haya tomado, mando que lo torne luego sin otro alongamiento alguno.....

Quiero que me jureis que habeis de cumplir lo que os diré. Obedecedme y no quebranteis jamas los pactos que hagamos, observad lo que os ordene, ca me peza mucho cuanta lazeria ó de cuanto mal pasásteis, comprando el caiz (medida) de trigo á mil maravedís de plata, mas fio yo en Dios, de que yo lo tornaré á maravedí; en fin, ahora estad tranquilos y seguros, porque he prohibido á mis gentes entren en vuestra ciudad á traficar, he designado para mercado suyo la Alcudia, lo he hecho por consideracion á vosotros: he mandado que no se prenda á nadie en la ciudad, si alguno contraviene á esta orden, matadle sin miedo alguno.—No quiero, añadió todavía entrar en Valencia, no quiero vivir en ella, quiero establecer sobre el puente de Alcántara una casa de recreo un lugar en que vaya á folgar á las veces.»

Con gran contento oyeron los moros este discurso. Sin embargo, al querer tomar posesion de sus tierras, hallaron mil dificultades de parte de los cristianos que las poseían. Esperaron, pues, ha que el Cid les hiciera justicia el primer día de tribunal que era juéves. Admirarónse y se desconsolaron de oir al conquistador expresarse en aquella audiencia en términos bien desemejantes á los que en la anterior asamblea habia usado, diciendo que él necesitaba sus soldados como su brazo derecho, y que no podia enojarlos. Dijoles ademas, que él era el único señor de Valencia y si querian obtener su favor, era menester que le entregaran la persona de Ben-Gehaf, á quien queria castigar por la traicion cometida contra su rey y por las miserias y padecimientos que á ellos y él mismo habia ocasionado. Pidiéronle ellos tiempo para deliberar. ¿Pero quién se atrevia entónces á contrariar la voluntad del Cid?

Ben-Gehaf fué preso y entregado. Hízole Rodrigo po-

ner una nota de todo lo que poseía, y que juráse ante los principales moros y cristianos, no poseer otra cosa mas que en lo que en la lista constaba, reconociendo al Cid, el derecho de condenarle á muerte, si otro haber se le encontraba. Obraba de esta manera Rodrigo, porque sabía que Ben-Gehaf, había tomado para sí y conservaba ocultos los tesoros del asesinado Al-Kadir. Mandó, pues, reconocer las casas de los amigos de Ben-Gehaf, imponiendo pena de la vida á los que ocultaran las riquezas que éste les hubiera confiado, el miedo hizo que todos le fueran entregando los tesoros que guardaban. Hizo igualmente registrar la casa de Ben-Gehaf, y por revelacion de un esclavo se hallaron en ella inmensas riquezas en oro y pedrería.

Habíase trasladado ya el Cid al palacio de Valencia, contra los términos de la capitulacion que no creía obligarle y reunidos allí los principales de la ciudad, les habló otra vez de esta suerte.

Bien sabeis pro hombres de la aljama de Valencia, cuanto he servido y ayudado á vuestro rey y cuantos trabajos he soportado antes de ganar esta ciudad. Ahora que Dios me ha hecho dueño de ella, la quiero para mí y para los que me han ayudado á ganarla, salvo la soberanía de mi Señor el Rey D. Alfonso. Vosotros estais en mi presencia, para ejecutar lo que fuere de mi voluntad y bien me pareciere. Yo podria tomar todo lo que poseis en el mundo, vuestras personas, vuestros hijos, vuestras mujeres, pero no lo haré. Pláceme y ordeno que los hombres honrados de entre vosotros, los que se han conducido siempre con lealtad, vivan en Valencia en sus casas con sus familias, mas no habeis de tener cada uno, sino una mula y un criado, ni podreis usar ni conservar armas sino en caso de necesidad y con mi autorizacion: los demas desocuparan la ciu-

dad y vivirán en la Alcudia, donde yo estaba antes. Tendreis mezquitas en Valencia y en la Alcudia, tendreis tambien vuestros alfaquies: vivireis con arreglo á vuestra ley y con vuestros alcailes y alguaciles que nombraré yó, poseereis vuestras heredades, pero me dareis el señorío sobre todas las rentas, administraré la justicia y haré batir moneda mia. Los que quieran quedar conmigo bajo mi gobierno, que queden: los que no vayan á la buena ventura, pero solo sus personas, sin llevar nada consigo, yo les daré salvo conducto.

Dejó tan contristados este discurso á los moros como satisfechos habian quedado con los anteriores. Pero la voluntad del Cid, era la ley y tenia que ser cumplida. En su virtud salieron los moros con sus mujeres y sus hijos de Valencia á ocupar el arrabal, y los cristianos de la Alcudia entraron á reemplazarlos en la ciudad. Los que salieron, dicen, eran tantos que tardaron en desfilar dos dias. Creyó el Cid llegado el caso de ejecutar en el usurpador Ben-Gehaf, un castigo ejemplar y terrible. En medio de la plaza hizo ahondar un hoyo, en el cual dispuso fuese metido el antiguo *caidí*, de modo que quedaran solamente descubierta la cabeza y las manos. En derredor de esta fosa, se pusieron haces de leña á los cuales se les prendió fuego. Aquel desventurado mostró una serenidad horriblemente heroica, pronunciando las palabras sacramentales de los árabes.

En el nombre de Dios clemente y misericordioso. A fin de abreviar su suplicio, con su propia mano, se aplicaba las ascuas y los tizones encendidos y así espiró entre tormentos horribos. El Cid queria quemar tambien á la familia y parientes de Ben-Gehaf, pero musulmanes y cristianos se interesaron é intercedieron por ellos, y lograron,

aunque con trabajo, ablandar á Rodrigo y salvarlos de esta ruda sentencia. Sin embargo, ejecutó el mismo castigo en algunos otros personajes. Con esto, Ben-Gehaf tan aborrecido, fué mirado como un mártir entre los musulmanes. »

Sus aventuras amorosas á quienes los poetas y escritores les han querido pintar de una manera novelesca y llena de atractivos, nada tiene en verdad de ello, y sí mucho de desagradable y repugnante. Hé aquí uno de sus episodios:

«Desde muy mancebo, dicen, comenzó Rodrigo á mostrar su travesura y su gran corazón, y cuentan que habiendo recibido su padre una afrenta del conde Gormaz, el buen anciano ni comía, ni bebía ni descansaba. Movidó de su pena Rodrigo, salió á desafiar al conde, le mató, le cortó la cabeza, y colgándola de la silla de su caballo fué á presentarla á su padre, en ocasión que éste se hallaba sentado á la mesa sin tocar los manjares que adelante tenía. Entonces el hijo llamó la atención del padre hácia aquel sangriento trofeo, y le dijo:

Mirad la yerba que os ha de volver el apetito; la lengua que os insultó, ya no hace oficio de lengua, ni la mano que os afrentó hace oficio de mano. El buen viejo se levantó y abrazó á su hijo, diciéndole que quién había llevado á su casa aquella cabeza, debía serlo de la casa de Lain Calvo. Lo singular fué que la hija del conde, enamorada del Cid, se presentó en la corte de Leon, y puesta de ninijos ante el rey le pidió por esposo á Rodrigo, poniéndole en la alternativa ó de concederle su mano ó de quitarle la vida. Otorgada tan extraña merced y obtenida la mano de Rodrigo, éste la llevó á su casa; pero hizo voto de no conocerla, hasta haber ganado cinco batallas campales. Dióse

entonces á recorrer por las tierras comarcanas de los moros, é hizo en efecto cautivos cinco reyes mahometanos.

Refiérese también otro episodio del Cid, que en aquella época tuvo gran popularidad en España referente á los condes de Carrion; por supuesto que esta narración como las anteriores, no hay ningún fundamento histórico que las apoye, pero que se hallan consignadas en las colecciones de romances de Sanchez, Duran y de Depping.

«Cuando el Cid conquistó á Valencia; dos caballeros castellanos solicitaron la mano de sus dos hijas. Estos dos caballeros eran los condes de Carrion. Omitiendo las negociaciones que al decir del poeta mediaron entre los pretendientes, el rey Alfonso y el Cid, el doble enlace se verificó, aunque con harta repugnancia de éste y los infantes permanecieron durante dos años en Valencia. Estando allí sus yernos, le sucedió al Cid la famosa aventura del leon que se salió de la jaula y puso en consternación á todos sus caballeros, habiendo sido los de Carrion, los que se condujeron más cobardemente. Cuando el Cid agarrando al leon por la melena lo volvió á encerrar en su jaula, los infantes de Carrion: que se habían escondido, el uno debajo de la cama, el otro tras del huso de un lagar, salieron de sus escondites, pero tuvieron que sufrir la burla y el sarcasmo de los demás caballeros, lo cual los llenó de cólera, y no pensaron sino en vengar aquella afrenta, aunque sobradamente merecida.

Después de la victoria del Cid, sobre el rey Bucar, los infantes de Carrion á quienes tocó una gran parte del botín, manifestaron su deseo de volverse á Carrion con sus esposas. El Cid accedió á ello y mandó á Felez que los acompañara.

En Molina fueron muy cortesmente recibidos por el rey Abengalvon, aliado del Cid, el cual en la confianza de amigos, tuvo la debilidad de enseñar sus tesoros á sus huéspedes. Ellos, correspondiéndole con ingratitud, proyectaron quitarle la vida y riquezas. Un moro que entendia el latin les oyó lo que hablaban y los denunció á su rey.

Avengalvon les afeó su indigno proceder y alevosos designios, mas por consideracion al Cid, los dejó partir libremente. Al llegar á los montes de Corpa, meditaron ejecutar otro proyecto todavía mas horrible que desde Valencia traian. A las orillas de un limpio arroyuelo que en el bosque hallaron, levantaron sus tiendas y allí pasaron la noche en brazos de sus esposas. Al amanecer ordenaron á la comitiva que se pusiera en marcha y se fuera delante. Luego que quedaron solos con D^a Elvira y D^a Sol (que así llama la leyenda á las hijas del Cid) les intimaron que iban á vengar en ellas los insultos recibidos de los compañeros de su padre, cuando la aventura del leon y desnudándolas de sus vestidos se prepararon á azotarlas con las correas de sus espuelas. Expusieronles las desgraciadas hermanas que preferian les cortasen las cabezas con las espadas *Colada* y *Tizona*, que el Cid les habia dado. Inexorables estuvieron los bárbaros esposos; azotándolas con correas y espuelas, la sangre corrió de sus cuerpos y cuando ya el dolor les embargó la voz y no pudieron gritar, las abandonaron á los buitres y á las fieras del bosque.

Lleno de cuidado esperaba Felez Muñoz á la ladera de una montaña y cuando vió llegar á los infantes sin sus esposas, sospechó alguna catástrofe y se volvió al monte, á dónde halló á sus desventuradas primas casi moribundas. Las llamó por sus nombres, abrieron ellas los ojos. Doña Sol le pidió agua, que él le llevó en su sombrero; puso á

las dos damas sobre su caballo, las cubrió con su capa, y tomando el caballo de la brida las condujo á la torre de Doña Urraca.

Cuando este desaguisado llegó á noticia del Cid, llevó la mano á la barba y exclamó: *Por esta barba que nadie jamás tocó, los infantes de Carrion, no se holgarán de lo que han hecho, en cuanto á mis hijas yo sabré casarlas bien.*

Llegaron sus hijas á Valencia, el padre las abrazó tiernamente y volvió á jurar que las casaria bien y que sabia tomar venganza de los de Carrion. Envió, pues, á Muño Gustios á pedir justicia á Alfonso de Castilla contra los infantes. Alfonso convocó cortes en Toledo. Los de Carrion pidieron al rey, les permitiera no asistir, pero el monarca los obligó á ello. Para intimidar al Cid se presentaron los infantes con gran comitiva y acompañado de Garcia Ordoñez, el mortal enemigo de Ruy Diaz. Alfonso nombró á los dos condes Enrique y Ramon árbitros. El Cid presentó su querrela y reclamó sus dos espadas *Colada* y *Tizona*, los árbitros aprobaron su demanda y las dos espadas fueron devueltas al Cid. Despues reclamó las riquezas que habia dado á los infantes al partir de Valencia. Huvo algunas dificultades por parte de los de Carrion, pero al fin las restituyeron. Por último, pidió vengar en combate la aïrenta que habian hecho á sus dos hijas. Realizóse el duelo y los tres campeones del Cid, Pero Bermudes, Martin Antolines y Muño Gustios, vencieron á los dos infantes y á Asur Gonzalez y las hijas del Cid se casaron con los infantes de Navarra y Aragon.

Otro episodio concerniente al desafio del Cid con el conde de Gormaz (Gome Lozano) y que dá una idea del carácter de Rodrigo y del de su padre, se refiere del modo siguiente:

D. Diego Lainez, su padre, habia recibido de Gome Lozano, conde asturiano, una de esas injurias que no se lavan sino con sangre, pero la vejez le estorbó exigir satisfaccion como caballero. Aflijido, viendo estinguirse el lustre de su casa y aproximarse su muerte, miéntras que su émulo triunfaba impune, se consumia de dolor. Resolvióse al fin á llamar á sus hijos, y empezando por el primero le apretó las manos con tanta fuerza que aquel empezó á gritar y á pedir misericordia. Lo mismo hicieron el segundo y tercero, mas al llegar su vez á Rodrigo, éste se encendió como una brasa, y con ojos de tigre exclamó:

"Suelta ó ¡vive Dios! seas ó no mi padre, te arranco las entrañas."

El viejo lloró de alegría al oír palabras tan enérgicas y que revelaban una alma incapaz de sufrir la injuria: le espuso la afrenta recibida y le invitó á vengarla, confortándole con su bendicion. El jóven ofreció morir por la honra, y aunque en la flor de su edad, corrió, encontró á Lozano, combatió con él, le venció y llevó la cabeza del conde á su padre, el cual conociendo á su enemigo, dió gracias á Dios y colmó de bendiciones al jóven héroe.

Pero Jimena, hija del muerto, no cesaba de pedir venganza al rey, y se le presentó cuatro veces de luto y acompañada de trescientos escuderos. El rey, no queria perder á tan noble mancebo, antes bien propuso á la doncella reconciliarse con él y aceptar su mano. Jimena resistió al principio; pero cuando Rodrigo condujo á sus piés cinco prisioneros que le llamaban su *Cid* se aplacó y se casó con él.

Maté á tu padre le dijo Rodrigo, pero en justa lid, cara á cara y por vengar una ofensa. Maté á un hombre, y un hombre te devuelvo: en cambio de un padre muerto, tienes un ilustre marido."

Un distinguido biógrafo español hablando del Cid dice lo siguiente.

Cuando una region se halla dividida en estados pequeños, enemigos unos de otros, es frecuente ver levantarse en ellos caudillos que fundan su existencia en la guerra y su independencia en la fortuna. Si la victoria corona sus primeras empresas, al ruido de su nombre y de su gloria, acuden guerreros de todas partes á sus banderas y aumentando el número de sus soldados, consolidan su poderío. Especie de reyes vagamundos, cuyo dominio es su campo y que mandan toda la tierra, donde son las mas fuertes, los régulos que los necesitan ó los temen, compran su amistad ó su asistencia á fuerza de humillaciones y de presentes, ó los que resisten tienen que sufrir todo el estrago de su violencia, de sus correrías y de sus saqueos. Cuando ningun príncipe los paga, la máxima terrible de que la guerra ha de mantener la guerra, es seguida en todo rigor, y los pueblos infelices, sin distincion de aliado ó de enemigo, son vejados con sus estorsiones ó inhumanamente robados y oprimidos. Héroe para los unos, forragidos para los otros; ya terminan miserablemente su carrera, cuando desecho su ejército se deshace su poder, ya dándoles la mano la fortuna, se ven subir al trono y á la soberanía. Tales fueron algunos generales en Alemania, cuando las guerras del Siglo XVII, tales los capitanes llamados *Condottieri* por los italianos en los dos siglos anteriores, y tal probablemente fué el Cid en su tiempo, aunque con mas gloria y quizá con mas virtud."

Exacta como es la descripcion de este biógrafo español, (Quintana, en lo referente á los hombres notables de la España en la Edad Media y en cuyas apreciaciones no está muy conforme el historiador Lafuente, impulsado mas